LA NOVELA CORTA

LA ENTROMETIDA

por

Carmen de Burgos (Colombine)

10 cts.

N.º 192
Año VI

LA NOVELA CORTA

Madrid 16
Julio 1914

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

ADMINISTRACIÓN: MADRID — CALVO ASENSIO, 3. — TELÉFONO J-624. — APARTADO 498

En nuestro propósito de divulgar las obras selectas de nuestros más esclarecidos autores contemporáneos, tanto españoles como extranjeros, como lo evidencia el «Sumario de comedias publicadas» en LA NOVELA TEATRAL, vamos a avalorar las páginas de esta Revista, en la que tan asiduamente han colaborado Benavente, Galdós, Guimerá... con la firma del ilustre dramaturgo

LINARES RIVAS

publicando varias obras escogidas de su notabilísimo repertorio, entre las cuales se cuentan

CRISTOBALON
TONINADAS

la segunda de las cuales, **TONINADAS**, aparecerá mañana domingo, día 17.

30 céntimos.

LA ENTROMETIDA

NOVELA INÉDITA

Carmen de Burgos (Colombine)

I

Al fin, después del día de intranquilidad, gozaba la satisfacción de sentarse a la mesa con sus invitados.

Había pasado la Navidad solo, sin poder hallar una sirviente que le ayudase en las tareas de la casa. A fuerza de buscar la sirviente ideal, se encontraba sin ninguna.

Se había hecho exigente en su vida de solterón, sin familia, y en vez de mirar la casa como un asilo, la consideraba el lugar de elección, de reposo, de paz. Cuidaba y mimaba su casita con un cariño de amante. Cada día inventaba una comodidad nueva: portieres y tapices que apagasen los ruidos, que lo aislasen más y graduaran mejor la luz; un sistema de librerías o clasificadores que facilitasen el trabajo; un aparato de su invención para el cuarto de toilette o para la cocina. Siempre algo sencillo, de utilidad, que se complacía en enseñar a sus amigos, haciendo la propaganda del hogar.

La cocina le inspiraba un gran interés. Sin ser glotón, era hombre que sabía comer bien. Llevaba la distinción de hombre de mundo y la aureola ganada en el foro, sin olvidar jamás su prestigio, desde los salones más brillantes hasta su solitaria cocina.

—Yo sé comer—les decía a sus amigos—, soy frugal; pero o puedo soportar esos platos zafios, grasientos, mal condimentados que se sirven en la mayoría de las casas. Conforme existe el refrán: "dime con quién andas y te diré quién eres", podíamos decir: "dime lo que comes y te diré quién eres". Es necesario saber hacer un menú elegante y práctico, que *no pese* y que sea abundante. ¡La cosa no es fácil! ¡Hay tantos detalles! Lo más sencillo: una chuleta, una tortilla, no son siempre lo mismo; varían según el *espíritu* que se les da. Para guisar hay que tener talento, el sentimiento del arte que tiende a satisfacer el gusto, como la pintura la vista, los perfumes el olfato y la música el oído.

Elevadas así las tareas culinarias, Pérez Blanco gustaba de dar comidas a sus amigos, casi siempre personas de mundo, inteligentes, y encantadoras mujercitas llenas de gracia, que eran como las flores de la mesa.

Y con su influjo lograba hacer caseras hasta a las más frívolas durante algunas horas. Ellas mismas le solían ayudar en sus tareas. Iban a aprender a hacer un bizcocho, un flan o una salsa especial, que no salía en ninguna parte como allí; quizás él les daba cambiada la receta.

Pérez Blanco recibía a sus amigas, casi siempre niñitas, recién casadas, viudas jóvenes o mujeres de cierto renombre en el teatro. Tenía el arte de elegir sus visitas de modo que no se encontrasen reunidas más que aquellas personas que se eran agradables.

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista, son pagadas como INÉDITAS y consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores

Allí las elegantes se quitaban los sombreros y los abrigos, se ponían delantales llenos de gracia, y jugaban a las *comiditas*, con ese encanto de las niñas que juegan a las mamás. Siempre se reunían cuatro o cinco, y para todas había ocupación, cuando tenían que hacer un bizcocho, un pastel o unas mantecadas. Pesaban y tamizaban la azúcar y la harina unas, derretían la manteca otras, mientras las restantes cuidaban del horno, batían los huevos o preparaban los moldes.

Aquel sencillo trabajo, tan bien repartido, las cansaba y les ocupaba toda la tarde. Se veía su falta de pericia, aunque querían aparecer maestras: una se manchaba el traje, otra se llenaba el rostro; en ocasiones se vertió la masa preparada, teniendo que hacer otra improvisada a toda prisa. Corrían por toda la casa, se echaban al suelo, reían y charlaban como pájaros en un paréntesis de su vida ordinaria, como damitas del Trianon escapadas de la severidad de la Corte.

Pérez Blanco las miraba con sus ojos picarescos y paternales a un tiempo, y aquella sonrisa comprensiva que se había estereotipado en sus labios, y con la cual decía lo mismo las amabilidades más lisonjeras que las frases más duras y amargas.

Tenía en la mirada algo de esa pericia de los *catadores* de las bodegas famosas, que saben ya apreciar por el olor las excelencias de los vinos. Así él seguía con deleite los bellos escarzos que sus amiguitas le presentaban en sus descuidos, las líneas ondulantes y flexibles de sus cuerpos, los secretos que dejaban penetrar la abertura de un descote que se bajaba o de una falda o una manga que se subían.

Sin embargo, Pérez Blanco no era un hombre procaz ni un viejo verde. Era incapaz de faltar en lo más mínimo el respeto a las amigas y las damas que confiaban en él. Hombre de intensa vida pasional, vivida en el secreto y el misterio, sin el alarde comprometedor ni la familiaridad de mal gusto, sabía separar sus amoríos de las relaciones sociales con sus amistades. Se enfadaba sinceramente cuando la malicia femenina de alguna mujer muy pretendida y adulada, o los celos de cualquier enamorado, temeroso de esa especie de superioridad de los hombres de mundo, sospechaba en su trato algo que no fuese completamente correcto y desinteresado.

En esos casos su rudeza no admitía atenuantes para desengañar o romper con los presuntuosos.

El no era un galanteador de oficio, ni un seductor, no era más que un *despeluzador*, a cuyo contacto las mujeres, sin perder la castidad, perdían la inocencia.

Insinuante, sugeridor, Pérez Blanco era, además del amigo, el confesor y confidente de todas, el que las aconsejaba en los casos difíciles. Un amigo inapreciable para mujeres expertas, pero peligroso para las jovencitas. En toda mujer sencilla a la que se acercase, dejaba sembrada una inquietud por lo menos; a veces, quizás sin él quererlo, ponía en sus espíritus el germen de un deseo malsano o de una perversión.

Hombre de talento, que había alcanzado grandes triunfos en el foro con su brillante ingenio, se había retirado en plena gloria, asqueado de las luchas profesionales, reservándose el papel de crítico independiente, para ver la vida de lejos, como el que contempla la representación desde el escenario.

Se sentía feliz a veces en aquellos días que no tenía servidumbre. Experimentaba en aquella soledad la satisfacción *de verse capaz*. De realizar el esfuerzo personal, que lo afirmaba en la creencia de que él era superior a los otros, no sólo por la labor intelectual, sino por la prestancia física, que le permitía realizar los trabajos necesarios para bastarse a sí mismo, sin necesidad de nadie.

Pero aquella noche de primero de año tenía entre sus amistades conocimientos nuevos, a los que era preciso tratar con cierta etiqueta afectuosa, eso sí, pero que no permitía aquella familiaridad que solía tener con otras invitadas. En ocasiones era un placer convidar alguna de las amiguitas que le ayudaba a cocinar, y con cuya influencia se realizaban encantadoras cenas o almuerzos improvisados.

Le interesaba aquella joven que había conocido en el salón de su amiga Candelaria. Siendo una española, venía con el prestigio de una extranjera después de la larga estancia en América. No conocía a nadie en Madrid aun con intimidad;

era bonita y le parecía complicada en su espíritu. Tenía el encanto de esos libros nuevos, de portada sugestiva, que invitan a leerlos con ese acre e incitante olor de tinta fresca, de aguarrás, de imprenta, que despierta el deseo de leer su páginas.

Se había pasado todo el día buscando entre sus conocidas quien le pudiera prestar una cocinera que le sirviese la comida. Al fin le habían guiado a la calle de Eguilaz, a una portera que tenía tres hijas sirviendo y dos estaban desacomodadas.

Fué una fortuna que en pocas horas aquellas dos muchachas, limpias y monísimas, con esa gracia señoril de las mujercitas del pueblo madrileño, habían interpretado sus deseos y la comida se servía en su punto y sazón, sin pérdida de detalles, digna de la fama de las comidas de Pérez Blanco.

El se complacía en contarles a sus huéspedes el apuro, y en hacerles notar que no conocía a sus criadas, tan lindas y graciosas.

Los habituales le elogiaban los platos y el servicio, en el que no faltaba el más pequeño detalle. Era escrupulosa la limpieza de lozas y cristales, el bruñido brillante de los cubiertos y del níquel de las tapaderas de la azucarera y de los jarros.

Se vanagloriaba de haber ido él mismo a la compra. La mejor salsa de aquellas chuletas, de aquel salmón y de aquel pollo con ostras, estaba en cómo describía él lo tierno, lo fresco y lo delicioso que lo había encontrado. Había en su voz un acento de deleite sensual, despertador de la gula, al encarecer los manjares, que regaban vinos exquisitos.

Era él mismo quien había encendido la estufa y dado a la habitación aquel grado de calor dulce y agradable. Calor que parecía ir caldeando los ánimos para formar la atmósfera tibia, plácida y acogedora de una confiada intimidad.

Pérez Blanco refería sus aventuras juveniles:

—No hay nada tan interesante como el amor. Las mujeres no debían dedicarse a otra cosa.

Protestó Clarisa:

—Esa doctrina es desastrosa, amigo mío.

—¿Por qué?

—Las mujeres, adormecidas por la falsa galantería que se les ofrece como amor, son incapaces de redimirse. Lo que se necesita para que el amor pueda llamarse tal, es la igualdad de derechos, la liberación de las pobres mujeres.

Enardecida, exponía su teoría feminista, que las otras mujeres escuchaban inquietas y desconfiadas, los hombres con hostilidad manifiesta, y Pérez Blanco sonriendo, con los ojos entornados, como si por aquella rendija de su espíritu que entreabría Clarisa pudiese él penetrar en el misterio que le interesaba.

Clarisa refería cómo había recorrido toda América como *peregrina del ideal*, llevando un canto a España en los labios y tratando de realizar una labor útil para su patria.

—En un pueblecito de Tucumán—decía—fuí al Consulado de España. Era un barracón, un barracón incapaz de representar a la patria. Indignada, cerré la puerta con llave y la envié al ministro de Estado. Si el cónsul quiso entrar tendría que descerrajar la puerta.

Los hombres rieron la gracia con más entusiasmo que las señoras. Era demasiado bonita Clarisa para que la encontrasen bien.

Ella siguió contando aventuras sucedidas en América en su peregrinación. Ahora venía a España para ofrecer al Gobierno unas islas que había descubierto en el Océano Pacífico. Debía apresurarse a enviar un barco que clavara la bandera española en aquellas tierras vírgenes. Otras dos islas, que ella había descubierto dos años antes, se las había robado Inglaterra. La carta dirigida al Rey venía en un buque inglés. Les llamaría la atención el destinatario y la abrirían. En el instante, torciendo ruta, pusieron rumbo a las islas, sobre las que no tardó en ondear el pabellón británico.

Quería hacer también una campaña feminista en España. Que las mujeres tu-

viesen altos cargos, pudieran seguir la carrera diplomática y la de Marina, gobernar aquellas islas nuevas.

Y como fin más inmediato se proponía abrir escuelas y crear un hospital para las mujeres.

Trabajaba por sus ideales de un modo incansable. Había visitado a todos los ministros, no faltaba un día al Congreso y al Senado, traía revuelto el Instituto de Reformas Sociales pidiendo datos de cuestiones femeninas. No dejaba vivir al rector de la Universidad ni a los directores de los Centros que de ella dependen, presentando a su estudio vastos planes de reformas pedagógicas y de instituciones que era preciso crear.

Se había metido en todas las Sociedades feministas, había ofrecido conferencias en los barrios populares y a las damas de la doctrina cristiana. No se descuidaba de pedir audiencias en Palacio, de visitar a damas linajudas. Estaba en todo y en todas partes. Allí donde hubiese una conferencia o un mitin, allí aparecía ella pidiendo un puesto desde donde decir algo y colocándose en primera línea en la hora del magnesio.

Era lo mismo que fuesen sociedades obreras o aristocráticas Lo necesario era conseguir la prosperidad de la patria y la liberación de las mujeres.

Se quedó muy desconcertada cuando Pérez Blanco repuso, friamente:

—No se apure usted por las mujeres; créame, ellas están contentas así, y esté segura que no quieren una liberación que les obligue a trabajar y tener responsabilidades. ¿Qué le parece a usted, amiga mía?

Se dirigía a la bella casadita, que contestó, mirando al esposo:

—Por mí, tengo bastante que hacer en mi casa y con el cuidado de mi marido para ocuparme de esas cosas.

Antes que Clarisa contestara, habló una joven alta, fuerte, de aspecto varonil.

—Pues yo creo—dijo—que es preciso que la mujer tenga manera de ser independiente si lo necesita. Yo he tenido que emigrar para poder ganar mi vida.

—¿No encontraba usted trabajo aquí?—preguntó otra señora, morena, pálida, de grandes ojos ahuevados, intensamente negros, y cabellera negra de trapo.

—No lo busqué. Tenía la desgracia de ser hija de una familia distinguida. Es decir, de una familia que vivía toda del trabajo del padre, sin pensar en el mañana y como si fuera rica. Sucedió que a la muerte del padre, que se llevaba la llave de la despensa, nos quedamos en una situación difícil. Yo no me conformaba con ser la solterona inútil para todo, con gesto de niña que no puede salir sola; no me avenía a pasar miseria en la inacción. No me dejaban hacer nada; todo era malo, incorrecto, deprimente; todo ponía en ridículo a mi familia. "Mientras viva tu madre no puedes hacer eso", me repetían de continuo, en las cosas más sencillas; y como yo tengo el deseo de que mi madre viva más que yo, preferí marcharme a París; he caído bien. Doy lecciones de español por un método mío, tengo buenas discípulas, y allí, donde no hay solteronas ni solteritas, lo paso admirablemente.

—Ya le gusta más estar allí—dijo la morena.

—¡Oh! No lo crean. No me gusta nada como España, como Madrid; pero allí se goza mayor independencia.

—¿Y no ha tenido usted amores?—preguntó audaz Pérez Blanco.

—No he tenido tiempo—contestó Angeles serenamente—de sostener unas relaciones que me llevasen al amor, y me ha sobrado orgullo para resignarme a ser juguete de un galanteo.

—Francia es un país práctico. No se casan las mujeres sin dote—intervino Clarisa.

—Es un error—replicó Angeles—. En ningún país existe más romanticismo. Además, allí se cotiza todo. A falta de dinero yo llevaba mi salud.

—No comprendo.

—Mi estatura alta, fuerte; mis movimientos bruscos, que acusan mi robustez; mis colores exhuberantes, han atraído a más de un pretendiente... y a más de una madre previsora que, temiendo las aventuras para su hijo, me lo ha ofrecido.

—Pero eso es una inmoralidad—exclamó la casada.

—No. El cariño irracional de la madre, que ama siempre al hijo, sin más razón que la de ser su hijo, sea malo o bueno, tuerto o derecho, les hacía buscarles amante, como años antes le habían buscado nodriza.

—Eso es horrible—insistió la señora.

—No podemos juzgar el espíritu de esas mujeres por el nuestro—intervino Pérez Blanco—. Ellas tienen otra educación sentimental, otras costumbres. Además, esa feminidad cuasi animal es más noble que las luchas y la resistencia calculada. Como país más adelantado, sabe no dar importancia a lo que no la tiene, no son visigodos aun como nosotros, que hacemos núcleo de la vida la sensualidad.

Clarisa batía palmas.

—¡Qué admirablemente ve usted la vida! Tenemos que hacer una campaña para inculcar esas ideas en las españolas.

—No se necesitan campañas—siguió él sin conmoverse por la adulación—. Las cosas vendrán cuando deban venir. Ahora es prematuro.

—¿Cree usted?

—Sí, las mujeres están contentas de su situación, encantadas de seguir sus tradiciones. El progreso les parece una cosa nefanda; quieren ser como han sido sus abuelas, encastilladas en todos sus defectos, que les parecen virtudes. Ninguna se atreve a hacer nada que la aparte de los usos admitidos por todas, que llame la atención. El gran ideal es el matrimonio, un hombre que las mantenga y que las mande.

—Según usted.—dijo la casadita, ofendida—las que aspiran al matrimonio son como criadas de servir que buscan casa.

—No he querido decir eso—respondió él sin perder su sonrisa—, sino que no quieren ustedes oir hablar de reivindicaciones... y tal vez tengan razón... ¿Saben lo que deben hacer las mujeres? Saber ser mujeres... saber amar... Esa es una ciencia que no todas poseen... y un arte...

Su voz tomaba los acentos de delectación que había tenido al hablar de las chuletas y del pescado fresco.

Las cuatro mujeres le miraban con interés, deseosas de escuchar algún supremo secreto de seducción; y el marido, que no había hablado más que para elogiar los platos, durante toda la comida, se movía en la silla con inquietud.

Un ruido de platos rotos que llegó de la cocina hizo fruncir las cejas a Pérez Blanco y dejar su disertación para acudir a ver qué sucedía. Se oyó su voz irritada reprendiendo, y cuando volvió apenas podía ocultar su preocupación.

—Libere usted a esas gentes—murmuraba—. Bestias... Lo rompen todo...

Luego procuró reanudar la plática. Las mujeres para ser mujeres necesitaban la iniciación en los misterios de la vida. Era una injusticia que muriesen mujeres ancianas y sin haber cumplido su misión en la tierra.

—Debía existir una ley que obligase a todas las mujeres a ser madres a los 15 años. Tendrían que coger a los hombres por las solapas y obligarlos...

—No creo que costaría tanto trabajo—dijo con un mohín la morena, que era viuda y presumía de gran hermosura.

—¡Bah! Usted supone eso porque cree en las palabras de los enamorados que la persiguen. Si las mujeres aceptasen las proposiciones que se les hacen, pondrían en un compromiso a casi todos que cuentan de antemano con la negativa.

—Bien sabe usted que si yo quisiera—dijo ella, disgustada—podría tener una fortuna.

—No lo creo—respondió él con rudeza—. La virtud, que algunos se preocupan de pagar, no sirve más que para una sola vez. Después todas las mujeres quedan iguales... Y créame usted, amiga mía, que no valen las mujeres honradas lo que las chicuelas sabias en el amor.

Sin hacer caso de su desconcierto se volvió a las dos solteras.

—No hay que ser Walkirias barbianas—repitió—. No gasten ustedes el tiempo en cosas inútiles. Hay que decir como el poeta griego:

"Ame quien nunca amó
y ame quien ama"

o seguir el consejo del que nos advertía que hay que apresurarse a gozar del beso para cuando llegue el día en que no tengamos boca.

Todas sonrieron pero todas estaban inquietas, malhumoradas; el despelusador había sembrado en su alma una inquietud, especie de duda, de vago anhelo, que ponía en todas, más que con sus palabras, con el tono de voz sugeridor e intencionado.

La viuda se levantó con mal talante.

—No sé por quien nos toma para darnos ciertos consejos—dijo.

—No se enfade usted, hija mía. ¿Quiere otra taza de café?

—Yo sin azúcar—interrumpió la casada.

—¿Un bombón?—ofreció de nuevo a la viuda.

—Gracias—dijo, sin atreverse a negarse.

El había dominado a todos sus contertulios. Cuando se despidieron desplegó aquel matiz de su sonrisa que lo alejaba de todos ellos, dando la sensación de que se había prestado sin darse a su amistad.

—Pobres gentes—murmuró—. La que me interesa es Clarisa, que parece tener la misión de representar a todas las mujeres... y ponerlas en ridículo a todas.

II

Clarisa se aburría sola en su palco del teatro del Centro. Ya había pasado revista con sus gemelos a toda la sala. De todos los hombres que conocía, muchos iban acompañando señoras, otros parecían poner una especie de empeño en no mirar hacia aquel lado.

De buena gana se hubiese marchado, de no tener que cumplir su misión de dejarse ver, de hallar ocasión de hablar con las personas que le interesaba tener propicias para sus planes; pero no podía vencer su cansancio y su nerviosismo, producidos por la tensión mantenida durante todo el día en las continuas correrías de un lado para otro.

—Buenas noches, Clarisa. ¿Cómo tan sola, hija mía?—dijo, apareciendo en la puerta del palco, la figura alta y elegante de Pérez Blanco, en cuyos movimientos había la soltura, el desembarazo y el aplomo que revelaba un hombre, no muy joven, y acostumbrado a tener cierto dominio en sociedad.

Le tendió la mano con un gesto entre galante y paternal, y dibujó en su rostro largo, de crecida barba blanca que caía hasta la mitad del pecho, su habitual sonrisa rasgada, que dejaba al descubierto la dentadura blanca.

Clarisa le estrechó la mano, señalándole una silla frente a ella.

El la apartó del primer término, con su pericia de hombre de mundo que sabe que no debe de ocupar ese sitio cerca de una dama, se quitó la bufanda, el abrigo de pieles, los colgó en la percha, y fué a ocupar su lugar. Estaba correctamente vestido de frac, pero sacó de su bolsillo un gorrito negro, especie de casquete, que colocó sobre su calva.

—Usted me perdona, ¿verdad, Clarisa? No puedo sufrir el frío en la cabeza.

—Está usted con una buena camarada, amigo mío—respondió ella, que sabía aquel capricho original de Pérez Blanco, y se sentía feliz de que viniera a hacerle compañía.

—Yo no comprendo cómo son estos hombres de ahora, estos pollos, que son capaces de dejar sola a una mujercita tan encantadora como usted. En mis tiempos era otra cosa; éramos de otro modo, de otros temperamentos... Yo tenía mucha vida, un exceso de vida... A veces tenía que azotarme con un látigo para tranquilizar mis nervios... por eso he sido muy amado de las mujeres... he despertado pasiones en mujeres hermosísimas, solamente por el exceso de vida que se desbordaba de mí, que se escapaba de mis ojillos pequeños y penetrantes, que se les clavaban y las dominaban.

La joven oía con gusto las palabras de Pérez Blanco, tan buen conversador que con su charla un poco excéptica, un tanto cínica y siempre amena, se en-

frascaba en contar alguno de los recuerdos de su juventud: el relato repetido de aquella noche en que la voluptuosidad, avivada por la muerte de una mujer respetada, que en su último momento le revelaba su pasión, le hacía abrazar a la hermana de la difunta en el mismo lecho mortuorio.

Clarisa, sin hacer caso de la obra, con la espalda vuelta a la escena, empezó el relato de todas las andanzas y proyectos que traía entre manos, como si las confidencias de Pérez Blanco provocasen las suyas. El las oía con una sonrisa bondadosa y dulce que invitaba a la confesión. Con su tolerancia hacia todos los delirios femeninos, escuchaba sin mostrar asombro todas aquellas exageraciones y aquellos desequilibrios de las islas regaladas a España, de las disputas sostenidas en todo el mundo, en sus viajes de *peregrina del ideal,* dando conferencias y haciendo prosélitos en pro de la causa de la redención de la mujer, con un canto a España en los labios.

Oyéndola, él iba saboreando su espíritu, como si fuese volviendo las hojas de un libro. Era menos exótica de lo que en un principio había creído, cuando la encontró en el salón de su amiga, aquel salón cursi, de tules bordados, lleno de flores y pájaros, donde la vieja casamentera recibía a sus conocidas con alardes de filántropa y de mujer de sociedad. Clarisa no era más que una variante del tipo de entrometida que le era tan familiar.

Oyéndola recordaba todos los tipos de mujeres entrometidas que había conocido en su vida, él que era tan amante de las mujeres y tenía para ellas tan gran piedad.

Verdaderamente, el entrometimiento era condición de mujer. En cualquiera esfera social donde se buscase, era seguro encontrarlo. De esa afición nacía el comadreo de las mujeres del pueblo, esos chismes de casa de vecindad, de portería, de líos entre obreras de la misma fábrica, que se esfuerzan por averiguar la vida y milagros de cada una de ellas, para inmiscuirse en sus asuntos.

Era al instinto de intromisión al que obedecían las señoras de la clase media que gastaban su tiempo ocupadas en averiguar lo que sucedía en casa de sus amigas, y preocupadas en remediar las cosas ajenas, sin atender a las suyas propias.

Por entrometimiento, más que por caridad, se fundaban en la aristocracia aquellas sociedades benéficas, que se enteraban de la vida y milagros de todo el mundo y se metían en casar a los amantes, bautizar a los chicos, dar trabajo a las obreras, catequizar a los faltos de fe con el argumento de la dádiva, y organizar tómbolas, fiestas de caridad, kermeses, sin dejar vivir a nadie.

De vez en cuando, de esta masa se destacaba una gran entrometida, una de estas mujeres en las que esa cualidad se exageraba, se estilizaba, atraía la atención, poniendo en ridículo a todo el sexo femenino.

Aquellas entrometidas eran los peores enemigos de la causa de la mujer. Empezaban por desconcertar a los hombres, que se veían en presencia de algo insólito e inesperado, y acababan por sentir un terror y una repugnancia hacia aquellos tipos híbridos, que escapaban al verlos pasar como si huyesen de un bandido.

Los molestaban sus exigencias, sus impertinencias, sus peticiones continuas; el aire de suficiencia y petulancia que solían tomar frente a todo, aquella exaltación de su *yo* para colocarse en primer término. Hasta aquellos mismos que pretendían despertar en ellas un sentimiento amoroso, acababan por alejarse, asustados

Y no tenían razón. Pérez Blanco se daba cuenta cómo aquellos tipos de grandes entrometidas los había formado la necesidad. El sabía cuantos temores, cuántos pudores habían tenido que vencer para llegar a ese extremo.

Su entrometimiento era un arma para destacarse del montón, para hacerse notar, para singularizarse y poder de esta manera lograr algún fin económico, algún destino, colocación o medio de vida que no podían alcanzar con su débil esfuerzo y su escasa cultura. Su instinto les avisaba en el fondo que sólo por la belleza o el entrometimiento lograrían triunfar.

Pero el mismo Pérez Blanco se encontraba ahora ante un tipo distinto. La

nueva entrometida no se parecía a ninguna de las que había tratado en su juventud: era más enérgica, más decidida, más audaz, más amazona.

Conforme oía a Clarisa, recordaba. El tipo de entrometida en su generación había sido el de aquella amiga suya que lo presentaba en su salón como el decano de sus contertulios.

También a ella la había arrastrado la necesidad. Joven, muy bonita, casada con un hombre inepto que hacía del juego su profesión, el matrimonio fué para ella la más cruel de las decepciones: representaba su vencimiento.

Ella también se había proclamado, como Clarisa, la *Portaestandarte del feminismo;* hasta tuvo una revista de exaltación de la mujer, que bien pronto le sirvió de medio de vida. Pero su entrometimiento era distinto. Jamás ella se hubiera permitido aquellas libertades en su vida. Era recatada, austera, amiga de la toilette. Por nada del mundo hubiese aparecido en un sitio donde no la llamaran. Se preparaba sus banquetes y sus conferencias, valiéndose de sus amigas, de un modo solemne, de manera que aparecía como llevada a ellos por la admiración de los otros. Nunca hubiera ido a hacer antesala a un ministerio.

Había hecho su fuerza de su *Revista Oriental* para ser algo en la sociedad. En ella hablaba de la liberación de la mujer, "a la que sólo los necios y los libertinos quieren ignorante para hallarla inerme". Mezclaba los nombres de Aspasia, Safo, Santa Teresa y Mme. Recamier, barajándolos de manera que les hacía parecer contemporáneas. Siempre tenía en sus crónicas elogios para todas sus amigas suscriptoras, que le hacían espléndidos regalos. Su gran tacto estaba en saber colocar en la balanza sus adjetivos, para que los de unas y otras tuviesen igual peso. Conocedora de la vanidad femenina, sabía explotarla halagándola. Pero muchas veces había oído Pérez Blanco a la desdichada *Portaestandarte del feminismo,* ya vieja, pintada, vestida a la moda de las niñas de quince años en 1860 y enfatuada por la continua adulación del marido, anciano y gotoso, que vivía a expensas de ella y le había hecho creer que era un genio como Mme. de Stad.

—¡Qué bestias son las mujeres! ¡Qué suplicio tenerlas que aguantar!

Y a veces le confesó:

—Me gustan los hombres, no porque son hombres, sino porque no son mujeres.

¡Qué diferencia de aquellas entrometidas fin de siglo con este nuevo tipo! Era tan diferente la pobre Lolita, con su peluca rubia, su figura menudita, vestida de blanco, con lazos azules, siempre en su gabinete escribiendo cartas-circulares a sus contertulios, en las que constantemente les repetía: "Trabajo más que un benedictino de la época medioeval", solemne, calmosa, recibiendo con empaque y extendiendo con prosopopeya el brazo al timbre para que su criado, un muchachote que estudiaba para albéitar y la servía de balde, sólo por la comida, entrara a lucir el frac que se ponía de miércoles a miércoles, el día de recibir.

Era inefable aquella entrometida que cuidaba de que todos tuviesen idea de que ella sabía coser y de que cosía todos los días, que se envanecía de tener amigas aristocráticas y sabía admitir con aire de reina los homenajes de los que galantemente iban a besarle la mano, y con el mismo aire de reina regalaba a su doncella las cintas rotas de los bajos de las faldas.

Si de esta antigua amiga pasaba a otra su recuerdo, hallaba aun más atenuados sus mismos rasgos. Un tipo distinto del tipo nuevo. El que había sido el confidente de las otras, deseaba conocer bien a éstas.

Incapaz de abusar de su papel, una vez tomado el de confidente y confesor, gozaba inmoralizándolas un poco con sus consejos, con ver sus deseos despiertos en tal o cual sentido de pasión o de ambiciones, en contemplar el temblor de sus almas sorprendidas y ansiosas. Su gran placer era aconsejarles que escribiesen. Buscaba en la pluma femenina una descripción sensual de sus palpitaciones íntimas, una ingenuidad frívola, una literatura primitiva que ya sólo las ingenuas podían hacer, una fórmula de arte imposible.

Oyendo a Clarisa volvió a su obsesión:

—¿Por qué en vez de todo eso que pasa sin dejar huella no escribe usted?

Se sorprendió ella un poco.

—¿Escribir?

Por entrometida que fuese, aún quedaba en ella algo de buen sentido que le hacía no osar a la comparación con las verdaderas escritoras. Pero su amor propio despierto le obligó a añadir:

—No quiero ser una *Lila Blanca.*

—¡Ah, qué gran escritora podía ser usted si abandonase esos temores y se decidiera a hacer una literatura verdaderamente femenina, sin querer *escribir como un hombre,* que es el sueño de todas las mujeres! Falta una escritora femenina que nos cuente sus intimidades de mujer, sus pasiones.

—Pero es que yo no soy de esa feminidad que usted quiere. Yo soy una mujer fuerte de lucha, no una mujer de amor.

—¡Pobrecilla!—suspiró Pérez Blanco con tanta dulzura que Clarisa no se pudo enfadar—. ¡Mujer fuerte y le teme al amor, porque lo concibe, como la mayor parte de las hembritas, como una esclavitud! No sabe servirse del hombre y darle un puntapié, como la mayoría de ellos hace con las pobres mujeres.

—No tengo tiempo de amar, amigo mío.

—¿Y renuncia usted a la feminilidad?

—De ningún modo. Estoy convencida de que el feminismo no forma un tipo híbrido, no perjudica a la feminilidad, no se opone a la más alta misión de la mujer, que es...

—La maternidad—atajó Pérez Blanco, sin dejarla acabar.

—Naturalmente. Así lo decía usted ayer.

—Ya comprenderá usted que delante de aquellas burguesitas asustadizas no podía decir otra cosa; pero eso no reza con usted ni conmigo.

—¿Cómo?

—El engaño de contarle a las mujeres las excelencias de la maternidad, ha sido igual que el de hacer que los desvalidos se conformen con su miseria diciéndoles que *más pasó Dios por nosotros.* Sí, amiga mía, se canta líricamente a la madre, a la mujer de hogar, porque se quiere convertir a ustedes en criadas sumisas, entes sin voluntad. Que den hijos para la guerra y para el trabajo, envanecidas por el aplauso o embrutecidas por la sensualidad.

—En eso tiene usted razón, amigo mío; pero yo quiero la madre consciente de su misión, libre, educadora, que haga en el hogar papel tan importante como el del marido, para que los hijos no aprendan a verla inferior siempre.

—Pero hija mía—argumentó él con su insinuante paternidad—, ¿las dejan a ustedes siquiera ser madres? Si el ser madre es la misión de la mujer, ¡cuántas pobres mujeres quedan fracasadas en la vida! Además, si la maternidad es un sacerdocio, ¿por qué se condena a las mujeres que ponen los medios para ser madres, y se tiene como un deshonor la maternidad de las solteras? No hay consecuencia.

Clarisa vacilaba. Pérez Blanco, gozando con inmoralizar un poco a la entrometida, continuó:

—Esto es lo que necesitan hacer ustedes, las feministas. Aquí estamos en un país donde se puede atacar la religión y el régimen; pero en el que no se puede tocar a las costumbres, a la moral acomodaticia, a la organización de la familia. Es lo que no se tolera jamás.

Pero Clarisa ya no lo escuchaba. Acababa de caer el telón y de encenderse las luces de la sala. Volvió la espalda a su interlocutor y empezó a aplaudir, sacando medio cuerpo fuera del palco, con el entusiasmo de quien no ha perdido una palabra de la obra. Aplaudía con ardor, para ser vista de los actores y del público.

Luego, cuando cesaron los aplausos, tomó los gemelos y empezó a mirar en todas direcciones, dirigiendo saludos y sonrisas a un lado y otro.

Al fin se levantó.

—¿Quiere usted acompañarme entre bastidores, amigo mío?

La invitación fué muy del agrado de Pérez Blanco. Cogió su sombrero y salió tras de Clarisa en su papel de escudero de la Princesa, que se iba deteniendo en los pasillos a hablar con los señores conocidos, aprovechando el tiempo para pedir alguna audiencia o recordarles algún asunto.

La veía feliz de su entrometimiento, de sentirse importante, de estar convencida de que entre todos los centenares de mujeres que había en el teatro, ella sola era la que estaba libertada de los viejos moldes, la única que no obedecía a unas leyes severas y absurdas que las convertía en muñequitas movidas al unísono por cordelitos, de los que se tiraba, sin equivocarse, según tuvieran que volverse, sentarse o saludar.

Permanecía tranquila, dichosa, bajo las miradas de todos los hombres, cuyos comentarios no la preocupaban. Más bien parecía divertirse con el escándalo que su conducta anormal causaba a las señoras. Sin embargo, no podía dejar de notar el aire de superioridad que ellos tomaban escudados en su independencia y en cómo muchos de ellos huían al verla aparecer en el extremo del pasillo, aparentando no verla, para evitar saludarla delante de sus esposas.

Aparentó no fijarse y se apoyó, como buscando un refugio, en el brazo de Pérez Blanco, para cuya mirada experta no había pasado nada inadvertido. Apretó la manecita perfumada de Clarisa junto a su pecho, pensando:

—Pobres mujeres. Sea lo que sea lo que hagan, ellas tienen siempre la razón. Son conmovedoras ante esos hombres llenos de grosería, entre los que hay cien entrometidos más peligrosos que todas las entrometidas del mundo.

III

Perezosamente, con los ojos medio cerrados, estiró el brazo para apretar el botón del timbre, en la obscuridad de la habitación.

Debía estar esperando ya esta llamada la doncella. Acudió instantáneamente, descorrió los cortinajes de los balcones y abrió las maderas, de modo que la luz blanca de la mañana bañó la alcoba, mientras Clarisa escondía el rostro entre la holanda de las sábanas, para librar los ojos del deslumbramiento que los cegaba.

—¿Qué hora es, Juana?

—Son ya las diez, señorita.

Como si estas palabras hubiesen sido un espolazo, Clarisa tiró lejos de sí el embozo, abrió sus grandes ojos azules, desteñidos, y exclamó con viveza:

—¿Por qué no me has llamado?

—Como la señorita se retiró tarde y no me dijo nada...

—Tráeme los periódicos.

Incorporada en el lecho, con el seno y los brazos desnudos, los cabellos cenizosos sueltos sobre los hombros, de una ardiente tonalidad de morena con cabellos claros y ojos azules, Clarisa empezó a leer desdoblando en alto los periódicos, con una mirada experta. Recorría rápidamente las columnas, como quien sólo busca algo que particularmente le interesa: saber qué conferencia o lugar de exhibición podía tener aquel día.

La doncella había vuelto con el desayuno preparado en una bandeja, y lo colocó en la mesita.

—No, no—exclamó Clarisa—, lo tomaré mientras me peinas. No puedo perder un momento.

Se sentó en el borde de la cama, elegante, ligera, sin vestigios de sueño ni cansancio, y se dejó poner las medias de seda y las sandalias, mientras daba el último repaso a los periódicos. En seguida se envolvió en su kimono de seda azul, con grandes crisantemos blancos bordados, y fué a sentarse ante la mesa tocador, que ocupaba uno de los testeros de la habitación, en la que se notaba demasiada prodigalidad de objetos y de muebles lujosos.

Apenas hubo tomado su ligero desayuno de te con leche y torradas sin manteca, ya peinada y compuesto el rostro con el carmín y las flores de azaín, mientras Juana le ponía el corsé apuntaba en su libro de memorias:

A las once, ministro de Estado.

A la una, ministro de Instrucción Pública.

A las tres, Presidencia del Consejo.

A las cinco, ministro de Marina.

A las seis, Academia.

A las ocho, Redacción.
A las diez, Conferencia.
A las...

Dejó el lápiz con muestras de mal humor, exclamando:

—¿Y qué tiempo me queda para mí, para ocuparme de mis cosas?... Ni puedo ir al teatro, ni hacer una visita, ni dar un paseo... ¡Es desesperante! ¡Es desesperante! He hecho quiebra de tiempo... mi bancarrota.

La doncella se creyó obligada a decir algo:

—Pero, señorita, no se canse usted tanto, es usted joven, diviértase un poco, en lugar de andar siempre atareada de aquí para allá.

—¿Tú qué sabes de eso, Juana? Vosotras no podéis comprender a lo que nos obliga la misión que hemos de cumplir para liberarnos de la esclavitud a que todas las mujeres estamos condenadas. Se hace preciso luchar, reclamar nuestros derechos... salvarte a ti y a otras infelices como tú...

—Pues lo que es por mí no se apure la señorita, que yo estoy bien contenta así.

La dulzura de la respuesta exasperó a Clarisa.

—La ignorancia, la resignación bestial de la ignorancia. Tráeme el sombrero, la sombrilla... dame los guantes... Así... el bolsillo... el pañuelo... perfúmalo con rosa... Abre que me vea bien... A ver la barra de los labios..! ¿Llevo bien las pestañas?... No sé si vendré a comer. En todo caso sólo tengo libre de dos a tres. Trataré de venir a recoger mi correspondencia. Tenlo todo preparado.

En aquel momento, recién levantada y fortalecida por el reposo, se sentía contenta, feliz de sentirse lanzada en aquel vertiginoso vivir que ella se había creado, y que la arrastraba ya con fuerza superior a su voluntad. Dichosa de sentir su vida ligada a todas las otras vidas como una madeja enredada, cuyas hebras no se podían separar; orgullosa de conocer su importancia, de reasumir en sí misma toda una fuerza social, pensando que realizaba con su intromisión en todas las cuestiones el modelo perfecto de lo que debía ser el tipo de la *mujer nueva*, lo que le hacía tener una sonrisa de desdén para las demás mujeres. ¡Pobrecillas!, que vivían tan engañadas y tan sumisas en aquella vida monótona, vegetativa, que ella no podría soportar.

Pero Juana la llamó a la realidad.

—¿Y con qué voy a preparar algo, señorita?

Se quedó desconcertada. Era verdaderamente desoladora su situación económica. El triunfo, el lado práctico de su labor, se hacía esperar demasiado.

Se había presentado con cartas de recomendación a cuantas personas eran algo en Madrid. Les había hablado de su vida, de sus éxitos, de su importancia y de sus amigos, deslizando en la conversación muchos nombres célebres: "Ramón y Cajal me ha dicho que es un feminista convencido", "*Azorín* está encantado de mis proyectos". "Ayer estuvo a verme el presidente del Consejo". "Eso me lo recomendó Luca de Tena". "He tenido carta de Clemenceau". "El doctor Calzada me ha dicho que piensa venir para visitar la Rábida".

En seguida, antes de dejarlos respirar, añadía: "El señor ministro de Ayacucho y el de la República de Pernambuco me han encargado que les ruegue que les hagan el honor de recibirlos el día que señalen para que les exponga mis proyectos. También desea venir el jefe del Negociado de Credenciales y el subsecretario de Ciencias".

Era preciso contestar que se recibiría con gusto a aquellos señores y fijar el día.

Logrado esto, Clarisa iba a ver a todos aquellos ministros, subsecretarios y jefes de Negociado.

—El ministro de Estado o el presidente del Consejo Superior me han comisionado para rogar a usted que asista al acto que van a celebrar el viernes próximo para examinar mis proyectos. Conocen el gran talento de usted, son sus admiradores, desean que se lo presente.

Así Clarisa tuvo sus verdaderos triunfos, retratada en los solemnes actos entre personajes auténticos.

En esas ocasiones había lanzado discursos de tonos patéticos para recabar el auxilio de *sus hermanas* y proclamarse *peregrina del ideal* y *portaestandarte del feminismo.*

Todo hacía esperar algún resultado favorable, y, sin embargo, sus proyectos fracasaban siempre.

Entre tanta gente, en el concierto de tantos hombres, Clarisa, con sus veinticinco años, su aspecto simpático, elegante y gracioso, no podía evitar el galanteo y la asiduidad de muchos; en ocasiones era un afecto verdadero el que se le ofrecía, pero su feminismo desordenado y militante, sus extravagancias, su aire de suficiencia, el aspecto de hombrecito unas veces y otras de mujer rubia que le gustaba aparentar, alejaba a todos. Se preciaba de que su carácter decidido y enérgico se prestaba más a la camaradería que al amor, y se rodeaba de numerosos amigos, entrañables y delicados en apariencia, que la acompañaban a cafés, teatros y cenas, haciéndole realizar inocentes calaveradas, con las que ella se creía realizar el tipo de la mujer libre y moderna.

Alternaba con ellos sin gusto a veces, seducida por lo que tenía de original y extraordinario el poder convivir con los hombres en una perfecta camaradería, dentro de una sociedad llena de preocupaciones.

Ponía un gran cuidado en no dejar que la dominase un amor. El amor supondría la claudicación, el vencimiento de aquel género de vida, y ella se sentía ya incapaz de volver al sereno reposo de un hogar ni a la placidez de un amor, con el virus de su entrometimiento que la atraía hacia todo y hacia todos.

Entonces tuvo un pensamiento. Pérez Blanco era el único hombre que podría aconsejarla. Recordaba sus palabras, sus insinuaciones. El, maestro de la vida, le señalaría el derrotero.

Se quitó el sombrero y los guantes, dejó el abrigo sobre una butaca, y se sentó ante su mesita de trabajo.

—Lleva esta carta—le dijo a Juana—, y de paso puedes empeñar esta sortija... Ya no salgo hoy, espero la respuesta.

IV

Habían pasado más de dos meses sin que Pérez Blanco volviese a ver a Clarisa.

Estaba en uno de esos momentos en que él, tan afectuoso y comprensivo, rompía con toda la gente y se encerraba solo en su casa, sin querer ver a nadie, sin visitar ni recibir; hasta que poco a poco, vencida la crisis de pesimismo que le hacía ver la pequeñez, la miseria y la inferioridad de los humanos, volvía al trato de sus amigos o adquiría nuevas relaciones.

Se había apartado de su familia, madre y hermanos, por no entenderse espiritualmente con ellos en esas crisis de intransigencia, en cuyos preludios se sentía amargado por ingratitudes y pequeñeces.

Era, sin duda, aquel no saber plegarse a los convencionalismos, aquella ruda sinceridad suya, que le brotaba a oleadas del pecho, lo que había dificultado su carrera, apartándolo de ese círculo de intereses creados en que unos a otros se estimulan, se alientan, hacen valer méritos que no poseen y se fabrican famas que usurpan la consideración del público.

En esos momentos tenía aquellos arranques que le creaban enemigos: ya era una mujer a la cual le decía una rudeza, como a la viudita la noche de la cena; ya un escritor que le escribía contestándole a una felicitación: "Celebro contarle a usted entre mis lectores", y él respondía: "Yo no soy lector de usted, sino del gran periódico en que usted escribe. Si escribiera en otro, no lo leería". O bien alguno que le dedicaba una obra llamándole *Maestro de Sinceridad,* le decía enfurecido: "Sincero lo puede ser cualquiera, pudiera usted haber hecho resaltar en mí algo más importante", y desde aquel día le negaba su amistad.

De los amigos pasaba su disgusto a las criadas. No le satisfacía ninguna. Despedía a toda la servidumbre, se quedaba solo; volvía a sentir el placer de verse solo, desligado de toda la Humanidad, experimentando cierto orgullo de no tener

nada de común con ellos. Iba a la compra, arreglaba su comida, su cama, su ropa, su casa... Poco a poco iba olvidando sus quejas, y lo primero que le hacía volver a la vida de relación era la busca de sirvientas. Ponía anuncios en los periódicos diciendo que "Señor solo desea mecanógrafa, cocinera y ama de llaves", y se entretenía en recibir las visitas de las solicitantes, esperando hallar una gobernanta que fuese modelo de talento y de trabajo, que tradujese a Horacio y supiese poner un cocido, que fuese virtuosa sin gazmoñería y que no tuviera acerca de él otras pretensiones que la de ser criada.

Le gustaban criadas jovencitas, retrecheras, limpias y coquetas; pero que se mantuviesen en el límite de su situación. No sería capaz de ser el amante de una criada.

—Me parece inmoral—decía—obligarles a que sirvan para todo. Abusar de su descanso por las noches y volverles a regañar de día.

Si alguien le argüía con la belleza de sus servidoras, respondía:

—No puedo resistir la fealdad, soy artista; me alegra la vida mientras como que me sirva a la mesa una muchacha bonita, de línea agradable, limpia, que tenga una linda voz y no la prodigue. Eso contribuye a mi bienestar; pero no podría soportar familiaridades, celos. ¡Con tanta mujer preciosa como yo recibo en mi casa! Además, en el fondo del aliento de una criada hay siempre olor a ajos.

Era una especie de estudio psicológico el que Pérez Blanco hacía de toda aquella multitud de pobres mujeres que pasaban por su casa. El acababa por compadecerse de todas, y, a pesar de su experiencia, era víctima de continuos engaños.

Había tenido criadas de todos los tipos, de todas las edades, de todas las condiciones. A veces, su caritativa condición le había hecho aceptar y mantener familias enteras: ya una viuda con hijos, una casada con su marido, una jovencita con su madre o con un par de hermanas. El novelaba los tipos, esperaba inteligencia y agradecimiento de sus protegidas, y cada una le dejaba un desengaño más.

Había traído de provincias la jovencita modesta que, una vez en Madrid, empezaba a componerse, a escapar a la calle, hasta encontrar un pretendiente que se hiciese cargo de ella.

Tuvo señoras venidas a menos, que conservaban la preocupación de su rango para servir sin aparecer criadas. La última de esta clase procuraba familiarizarse con él delante de la gente, para disimular su condición, y cada vez que tenía que servir la mesa o estar delante de una persona extraña, le decía luego, muy inquieta:

—Esos señores habrán comprendido que no soy una criada, ¿verdad?

Estaba agradecidísima a la señora del entresuelo, porque una vez que se equivocó de piso la hizo entrar en la sala y la trató con cortesía.

—Ha comprendido que soy una señorita—decía.

Y el bondadoso Pérez Blanco no quiso desengañarla revelándole que la señora del entresuelo había puesto un anuncio para vender un espejo y la tomó por una compradora, y por eso la recibió así.

En ocasiones tuvo criadas que estaban encinta y le contaban una historia dolorosa. Entonces se sentía protector; hacía la confidencia a sus amigas; todas cuidaban a la muchacha. Le daba sábanas, camisetas de franela, ropa suya interior para que hiciese el atico. Las señoras que lo visitaban dedicaban su tricot o su crochet al futuro rorro, y confeccionaban lindos gorritos o jerseys de lana. La criada solía dejar el chico en la Maternidad, vender el atico y marcharse a criar.

Después de pasada la primera indignación, Pérez Blanco decía:

—Así es mejor. No vuelvo a admitir ninguna en ese estado. Basta de broma. ¡A ver si me achacan a mí los críos!

Cuando él lo único que no toleraba era aquellas criaditas que dejaban de noche abierta la puerta de su cuarto, con la esperanza de que el señor las llamase. Tanto que algunas, defraudadas en sus esperanzas, lo motejaban de entregarse a placeres cerebrales, contemplándolas en el baño.

Conforme pasaba la crisis de pesimismo, volvía Pérez Blanco a recibir a sus

amigos, pero exigiendo siempre puntualidad. El que llegase a una cita suya un cuarto de hora más tarde, estaba seguro de no hallarlo. La criada le decía—si se dignaba abrirle la puerta—, que "el señor no estaba", o más claramente, "que el señor no recibía".

Era la suya una lucha contra los prejuicios y las frases hechas, contra lo vulgar, de manera que a veces admitía las flaquezas con la conmiseración de los superiores, y a veces se hacía intransigente.

De aquel desengaño íntimo de la familia y las criadas pasaba al desengaño de los amigos. El había sido casi siempre paternal, sugeridor, amigo de ayudar a todos, y la mayoría habían explotado su ternura para orientarse, abandonándolo después.

—Es triste—decía—ser un *creador de hombres,* para que luego lo nieguen a uno.

El tenía el convencimiento de haber hecho germinar el talento en muchos cerebros, y no se lo habían reconocido.

Un desengaño de esos le hacía volverse contra todos, inocentes o no; les negaba sus libros, sus consejos, los alejaba de sí.

En una ocasión explicaba así la ruptura con uno de sus amigos íntimos:

—Le preguntaron si éramos muy amigos, y en lugar de responder que sí, dijo que vivía yo en su calle. ¿Concibe usted que me negase de esa manera?

—Querría decir que además de amigos eran ustedes vecinos.

—Pues se dice así. Además, yo no vivía en su calle. Era él quien vivía en la mía.

En estos casos se refugiaba entre las mujeres. Las amaba tanto, quizás porque las juzgaba lo bastante inferiores para no tener que enfadarse con ellas. Le parecían las mujercitas animalillos deliciosos, llenos de gracia, que en siendo bonitas tenían derecho a ser vanas, coquetas y estúpidas. Les perdonaba todos los pecados pasionales y les daba siempre la razón.

No era un seductor, no aprovechaba las ocasiones en que acudían a él doloridas para abusar de la melancolía, que entrega más mujeres a los amantes que el placer y el amor.

Era confesor, confidente, tenía un placer voluptuoso en su trato inocente; pero no abusaba, no era un viejo verde; se enorgullecía de ser el amigo íntimo, el director espiritual, de que lo dejasen penetrar en sus almas de aquella manera, en que se le daban más ampliamente que en el amor.

Y su influencia sobre las mujeres, sin quererlo, era siempre fatal. El dejaba sembrado en su alma un germen de inquietud, de deseo; al acercarse a las niñas no se llevaba su inocencia, pero barría de sus almas la pelusa de oro que la envolvía: las hería.

Cuando la jovencita alta, delgada y pálida, de labios secos y de ojos miopes, con ese tipo marchito que deja el paso por las aulas a las jovencitas de cerebro débil y mal alimentadas, que se esfuerzan por aprender teoremas matemáticos o secretos de la ciencia, sin comprenderlos jamás, le acabó de leer una carta en que Clarisa le pedía verlo, se quedó pensativo un rato.

La joven, que desempeñaba a su lado los cargos de lectora y mecanógrafa, guardó silencio también. Sabía que no debía interrumpirlo.

—Pobre mujer—dijo para sí mismo—, debe sufrir cuando siente necesidad de confesarse conmigo... Yo tengo curiosidad de saber qué misterio hay en ella... Iré a verla.

Tomada esta resolución, se volvió hacia la joven:

—Hoy no trabajamos, hija mía. Puede usted marcharse. Voy a vestirme para salir.

Apenas había salido la mecanógrafa, sonó con un alegre repiqueteo el timbre de la puerta. Pérez Blanco vió retratada en el espejo espión la figura de la viudita, con el gran sombrero que sombreaba sus grandes ojos y su rostro pálido, y contempló el mohín continuo de los labios, que no sabía como colocar para achicar la boca, que se sumía en pliegues en un minúsculo redondelito.

Tuvo una sonrisa.

—Esta ha perdido el miedo a venir a verme. Anteayer la convidé a almorzar en Tournié... Vió que yo tenía que hacerme la cama y limpiarme la casa, y no quiso tener el gusto de ayudarme en algo... ¿Por qué viene? Acaso le molesta que yo no le diga nada, cuando ella se cree irresistible... Acaso piensa que le convengo... No le abriré.

Tranquilamente la dejó tocar y que se marchara con la certeza de que no le quería abrir, mientras él se vestía de frac para la visita matutina.

—No se puede ser cómplice—decía—del robo de los que, valiéndose de pretextos absurdos, han encarecido las telas, y de esos sastres y zapateros que con tanta impudicia han cuadruplicado los precios. Yo he roto ya todos mis trajes de americana. Usaré el frac y la levita de la misma manera. No me compro ropa y calzado hasta haber agotado todo lo que tengo... Después, veremos...

Por su mente pasaba la visión de un traje fantástico, algún hábito, algo raro, antes que someterse como todo el mundo.

Acabada su toilette, se metió en el bolsillo el casquete negro, que sustituía al bisoñé cuando se quitaba el sombrero, y tomó el camino de la casa de Clarisa.

V

Arrellenado en un ancho sillón en el gabinete azul de Clarisa, con los ojos medio entornados, Pérez Blanco oía la confesión de la joven.

Ella le hablaba con toda sinceridad. Era la vida la que le había empujado hacia el camino que recorría fatalmente.

Desde niña la habían disgustado de la vida con unos estudios que, sin llegar a ser profundos, la divorciaban de las ocupaciones femeninas. Le daban un espíritu andrógino, incapaz de ser hombre ni de saber ser mujer.

En estas condiciones, unos amores vulgares y vulgarmente acabados le hicieron emanciparse de sus padres y pensar en trabajar.

Entonces había conocido a María Mateos, una aventurera española, ya anciana, que se hacía pasar por marquesa en la Argentina, y se la llevó en su compañía. Ella vivía explotando el feminismo y la filantropía, y su ejemplo influyó en Clarisa, que al verse en la necesidad de luchar y ganar el sustento, emprendió una vida semejante a la suya.

Había tenido momentos de triunfo, gracias a ese mundo de hombres bien educados que tenían altos cargos, y que no estando preparados para la lucha con la mujer, sino educados en la galantería de la época en que no se sospechaba esa clase de feminismo, se quedaban un poco sorprendidos ante ella; pero a los que su propia distinción impulsaba a ser amables y a hacerle caso en sus demandas.

Pero bien pronto volvía a tener que sufrir el que las gentes huyesen al verla, que los hombres casados no la saludasen por no comprometerse, que en todas las oficinas se negasen cuando ella iba, y que las damas no la quisieran recibir. Aquello era injusto, ella era una muujer honrada, que había rechazado los galanteos y ese modo de vivir fácil que se ofrece a toda mujer bonita. Había algo muy noble en el fondo de su entrometimiento: un deseo de independencia y dignidad.

—No sé qué hacer, amigo mío—acabó—, estoy cansada, asqueada de esta lucha. Aconséjeme algo que me permita trabajar modestamente y vivir tranquila.

El la miró un poco dudoso. ¿Le hablaría de verdad? ¿No estaría aquella mujer en uno de esos momentos de desaliento que las suelen llevar a las mujeres a la renunciación de todo lo que luego vuelven a desear?

Pero vió su mirada serena, su actitud de sincera lealtad que abonaban su intención, y tuvo pena de la pobre mujercita que buscaba un refugio con esa ansia femenil que obliga, hasta a las más grandes figuras populares, a renunciar a todo por el plácido reposo de un hogar.

—¿Y el amor?—le preguntó.

Clarisa hizo un gesto de desagrado.

Ya le he dicho a usted que una vez que me interesé no encontré más que vulgaridad y desencanto. No el verdadero amor.

—Es que yo no le he hablado a usted del verdadero amor, hija mía. Ese se da pocas veces en el tiempo y no está al alcance de todos. El único lazo que no muere nunca entre los amantes, es el que forma la ternura maternal que existe en el alma de algunas mujeres. No todas saben amar al amante con ese amor santo y diabólico. Yo le hablaba a usted del otro, del amor que, sin ser profundo, forma el encanto de la vida. Ese es una receta en la que entran muchos componentes, y varía según se cargue la mano de unas cosas o de otras.

—¡Ah! Yo no quiero pensar en el amor como en un remedio de mi situación. No he encontrado al lado mío más que egoísmos y concupiscencias de los hombres. Le he llamado a usted porque le creo el único desinteresado. El único capaz de guiarme si hablarme de amor.

Pérez Blanco se sentía conmovido. Se encontraba frente a una mujer inteligente, digna de ayuda.

Quizás era ella aquel alma dispuesta a recibir sus enseñanzas, a dejarse moldear, que buscaba siempre en vano.

Era una mujer conocedora de la vida, extraviada, de natural bueno y noble, que no apelaba a la galantería. Sería para él un triunfo llevarla hacia la virtud y la felicidad.

Además, aquella obra era como un desquite del maleficio que parecía ejercer sobre las mujeres. Se sentía corruptor sin quererlo. A veces eran ellas las que lo arrastraban contra su voluntad. Así como en los hombres había despertado vocaciones e inteligencias que marcharon con paso seguro por la senda del éxito, en las mujeres no despertó más que ansiedades y sensualidad.

Recordaba sus amores con una dama de la aristocracia, viuda, madre de tres hijas bellísimas, con la que había roto porque las hijas se enamoraron de él, y no sólo las hijas, sino la nieta, hija de la mayor.

Lo sorprendió una noche la abuela, en ocasión que parecía estar charlando y jugando de un modo inocente con la niña en presencia de todos. El no era el culpable de las preguntas que la muchachita le escribía curiosa en pequeñas tiras de papel, ni de las figuras que bajo su inspiración dibujaba. Era un alma turbada a su contacto, ansiosa de saber que lo cautivaba, enseñándole sus primeras sensaciones.

Lamentaba siempre la pérdida del amor de aquella mujer, la salida de aquella casa, de la que lo arrojó la sensualidad despierta de tres generaciones. Rosaura, la abuela, pudo ser para él la única compañera posible. Aún sufrían ambos cuando se encontraban en la calle o la casualidad los reunía en algún salón.

Era ella la figura matronil y gallarda; siempre joven a pesar de los años, con la cabeza blanca, los ojos de luz y la tez rosada, llena de ideales y de vivacidad; la compañera única, el doble astral, que le había dado la Providencia. Añoraba sus cuidados maternos, su inteligencia, la pareja que podían hacer uno al lado de otro en la ancianidad, y el calor que tendría en su hogar.

Locamente pensó que podría cultivar un espíritu semejante en aquella mujer desorientada, bella y llorosa, que le pedía protección.

—Entonces—le preguntó—, ¿usted no tendría recelos en confiarse a mí, en ser mi amiga y dejarse guiar?

—¡Se lo pido!

—Pero es preciso que usted me obedezca.

—No deseo otra cosa.

—Pues lo primero que hay que pensar es en ver lo que puede usted hacer. ¿Para qué sirve?

—Yo no sé hacer nada...

—Sí, lo supongo... como todas las mujeres... Yo tampoco pienso en que usted sirva para trabajar ni para empezar ahora estudios y zarandajas.

—¿Entonces?

—Creo que ya le he indicado que puede usted escribir...

—Pero si no se me ocurre nada.

—Ni necesita que se la ocurra. Cuenta usted su vida, toda su vida... La primera vez que amó, y las otras... dé usted la impresión de su sensualidad.

—Yo no soy sensual.

—Pues entonces, hija mía, no sé qué se puede hacer. Las mujeres, por mucho que se diga, no tienen hasta ahora más que dos caminos: el arte o la galantería.

—Si usted me guiara.

—No soy escritor tampoco; pero creo que entre los dos saldremos airosos de la empresa. Colaboraremos.

VI

La obra avanzaba. Clarisa contaba a Pérez Blanco las sensaciones íntimas que había experimentado y las que imaginaba, y él le daba la forma literaria, las impregnaba de su picardía de hombre. Todos los días iba a casa de Clarisa y le ayudaba en su trabajo, deleitándose al oir sus confesiones, como los viejos curas que tienen su deleite en el recuerdo.

Le parecía que aquella mujer era cada vez más suya, que él le estaba haciendo el alma. No se hablaban de amor, pero Pérez Blanco creía que le interesaba cuando la veía celosa de aquellas amiguitas que él recibía en su casa en sus meriendas y sus lecciones de cocina.

A pesar de su pericia, comenzaba Pérez Blanco a interesarse por Clarisa de un modo serio. La había apartado del medio donde siempre había vivido. Trataba de llenar el vacío que quedaba en su vida sin el género de ocupaciones a que estaba acostumbrada, sin el entrometimiento, que era ya una segunda naturaleza, llevándola al teatro, a los paseos y las reuniones, e invitándola a comer en los mejores hoteles.

A pesar de su pericia, no notaba la transformación que se operaba en la entrometida, que se iba haciendo cada vez más coqueta, más frívola. Conforme dejaba de ser feminista se hacía más femenina. Quizás en su fondo veía que era más práctico, más sencillo, más cómodo participar de la esclavitud dorada de las mujeres, que tratar de redimirlas.

Con la influencia de esas ideas que adquiría en el trato con Pérez Blanco, Clarisa había transformado su figura. Se hizo trajes distintos de los trajes hombrunos que había llevado siempre. Ahora sus trajes eran ceñidos, transparentes, sin pasar la faldas de la rodilla ni la tela del descote de la cintura por detrás y de la mitad del pecho por delante.

Las señoras que no podían soportar antes aquel entrometimiento que las anulaba a todas, estaban furiosas ahora con su indumentaria. No era tener vergüenza presentarse en público de aquella manera. Ni siquiera la saludaban.

En cambio entre los hombres su nueva toilette había captado mayores simpatías. Algunos la invitaban a que volviese a verlos para ocuparse de sus proyectos, y el ilustre presidente de la Unión Oceánica se colocaba al lado suyo cuando iban a los jardines, contento de que una joven tan linda tuviese paciencia para soportarle todas las noches la repetición del discurso que había pronunciado por la tarde en las Cortes, y que le recitaba de punta a punta con su tono macarrónico y premioso.

Se sentía satisfecha, contenta de sus triunfos; pero ni el libro se acababa, ni en su indecisión encontraba medio de atender a su situación. No venía aquel empleo soñado que había de asegurar su vida.

—Hoy no tengo para la compra, señorita—decía Juana.

Entre las dos buscaban la solución al conflicto, que siempre era la de que Juana llevase alguna alhaja o algún objeto a la casa de prétamos. No quería que Pérez Blanco conociera que su miseria llegaba a tal extremo. Un día, cuando no le quedaba nada que empeñar, Clarisa tuvo una idea; cogió aquellas cuartillas de sus memorias que él le escribía, y sin leerlas ni corregirlas las llevó a la imprenta.

Bien pronto tuvo impreso el pliego de "Memorias de un Alma", como ella había intitulado la obra, sin contar para nada con Perez Blanco.

Sólo tenía una capilla, que se guardó bien de enseñarle, pero que llevaba de un lado para otro en demanda de suscripciones para terminar el libro

—Sería una gran cosa poder yo escribir—pensaba Clarisa halagada por el éxito... y redoblaba sus atenciones hacia su mentor.

Un día esperó en vano. Al siguiente recibió una carta fría y ceremoniosa, en la cual le decía que no podía continuar ayudándola por sus muchas ocupaciones, y que pensaba que ella, con su talento, no necesitaba ya de sus consejos.

No se dejó engañar. Aquella carta ocultaba algo. En el momento tomó un coche y se fué a aquella casita apartada donde vivía su amigo.

El la recibió muy serio. No era el mismo hombre afable y sonriente, con su bata de cuadros, su casquete negro, en zapatillas; dueño y señor de aquella casa apacible donde nadie turbaba su reposo, le habló con dureza.

—¿A qué ha venido usted, hija mía? Debió usted contentarse con mi carta y no venir a buscarme. Me hubiera usted evitado así el tenerle que decir nada desagradable.

La entrometida estaba tan desconcertada, que no se atrevía a contestar.

Fué él quien habló. Lo sabía todo. La impresión de las cuartillas sin corregir, con aquel título absurdo, y el uso que hacía de su obra. El no podía prestarse a aquellos manejos.

Clarisa estaba roja de vergüenza, trémula. No sabía qué decir.

—Y además es usted tonta, hija mía. Se ha hecho usted el mayor de los daños. Esos eran unos apuntes que había que arreglar. En ellos confiesa usted una porción de cosas vergonzosas, inmorales, por la forma en que están consignadas. Ya puede usted estar segura de que todos harán el vacío a su lado.

—Pero si nadie conoce ese impreso, si yo no lo he dejado en ninguna parte.

—Está usted en un error. Su delicioso impreso corre de mano en mano. Es inútil quererlo ocultar. Está usted desacreditada.

—Pero, ¿por qué me ha aconsejado usted que escriba eso?—sollozó Clarisa.

—Me esperaba el reproche. ¿Sabía yo acaso lo que usted iba a hacer sin yo enterarme?

La joven rompió a llorar. El se conmovió de sus lágrimas y se acercó solícito.

—Vamos, hija mía, cálmese usted. No puedo ver llorar a una mujer. Una mujer que llora tiene siempre razón. ¡Está usted muy bella así! Cuando quiera conseguir alguna cosa, llore. Llore así como ahora, en silencio, sin hacer muecas con la cara, con esas lágrimas transparentes.

Paternalmente le separaba las manos de la cara, le acariciaba los cabellos.

—Me voy a enamorar de usted, Clarisa; le voy a dar un beso si sigue así. ¿Me perdona haberle hecho llorar?

Ella sonrió, limpiándose las lágrimas.

—No llore, no se apure—siguió él—, todo tiene remedio. Acaso los hombres no hacemos confesiones más atroces y nadie se escandaliza. Hay que dejar pasar este pequeño escándalo. Que usted se someta a estarse quietecita en casa una temporada, o hacer un viaje; que no se hable de usted en algunos meses, y luego todo se habrá olvidado.

—Pero, ¿y usted?

El vaciló, y al fin dijo:

—La quiero a usted demasiado para ser rencoroso. ¿Por qué no ha tenido usted confianza en mí para sus apuros?

Y como ella vacilara, añadió:

—Sí; ya sé, ya sé, orgullito femenino. En lo sucesivo, yo seré su administrador.

Cuando Clarisa salió de allí, después de haber ayudado a su amigo a preparar una comidita improvisada, con muchos postres, iba casi contenta, convencida de que debía seguir los consejos de Pérez Blanco y hacer de su cariño su seguro.

Pero en cuanto le dió el aire de la calle, su carácter voluble evolucionó. De todo lo que su amigo le había aconsejado, de toda su doctrina de experiencia salvadora, sólo le quedaba una noción.

—Las mujeres no tienen más que dos caminos—le había dicho—: el arte o la galantería.

Puesto que no tenía fuerza para una cosa debía pensar en la otra; y en ese caso podía hallar algo más práctico que el cariño severo y la vida austera que le ofrecería Pérez Blanco. Las doctrinas que él le había inculcado en los comienzos, se volvían contra él. Perdía los escrúpulos que la habían dominado para vivir de la galantería. Encontraba justificado entregarse a la vida de placeres y aventuras, ya que de todos modos no habían de estimar su sacrificio.

Pérez Blanco, de un modo inconsciente, le había quitado la pelusa a aquel sentimiento de independencia amorosa que guardaba incólume en medio de su entrometimiento. Y se lo había quitado cuando tenía interés en cultivarlo, en fomentarlo, en regenerarlo. Era un triste fruto de su trato con las infinitas mujeres que habían aromado su vida.

VII

Se decidió a buscar un protector entre todos los galanteadores que la rodeaban. Tenía la certeza de que Pérez Blanco no le daría más que protección y trabajo, cuando su ambición y su ansia de goces, despiertos por él, le hacían desear otra cosa.

No era muy fácil hallar el hombre que de un modo noble y duradero quisiera ser el protector que ansiaba. La mayor parte no le ocultaban el sentido frívolo que daban a las conquistas y a los amores.

Debía decidirse por aquel viejo presidente de la Unión Oceánica, que, con su gran posición y su respetabilidad, le podía crear una situación independiente. Tenía que vencer la repugnancia que le inspiraba aquel Matushalem de corpachón grande y fofo, de cabeza abultada desguarnecida de cabellos, en contraste con la barba abundante, crespa y alambrosa, como atochera vieja. La nariz ancha, chapada, enorme, ocupaba el centro de aquella pelambrera, en medio de dos prominencias rojas que le servían de pómulos, y sobre los que había unas bolsas de piel arrugada, en cuyo fondo brillban los ojillos pardos. Aquellas bolsas se prolongaban en unas ojeras hinchadas, aguanosas, como llenas de grasa, y estaban sombreadas por las cerdas recortadas, especie de cepillos, que le servían de cejas, y que se unían en la raíz aplastada de donde arrancaba la ancha nariz. La frente, pequeña, se confundía con la calva, de tal manera, que parecía deberse poner boca abajo, como esos rompecabezas en los que se pregunta: "¿Dónde está el ministro?", y vueltos del revés resulta que la calva pelada es el rostro, y lo que se creían barbas era la cabellera.

Ella había tenido la paciencia de oirle siempre sus interminables discursos, porque el flaco de D. Francisco Ramírez San Juan era el de discursear en todos los momentos, con una palabra lenta, premiosa, y una dialéctica que se hacía insoportable. Se mostraba con ella galante, rendido, como un verdadero enamorado.

Al fin, ella se decidió a aceptar aquella noche la cita dada con frialdad, engañada por el deseo de su liberación.

Pero D. Francisco Ramírez San Juan era el colmo de la avaricia. Se contaban de él hechos de una miseria exagerada, tales como el de cobrar a un amigo una minuta de mil pesetas por "un conato de consulta", y de haber desquitado tres meses de sueldo a un criado por haberle hecho una pregunta mientras lo vestía.

En cuanto la joven habló de sus apuros, cambió de aspecto, como el que se pone en guardia.

—Siento mucho—le dijo—no ser tan rico como las gentes me creen. Lo único que le puedo ofrecer es un billete gratuito para Oceanía y cartas de recomendación. No es poco. Allí, con su belleza, podrá usted hacer fortuna.

Después de esto, él mismo llamó a los criados para que la acompañaran antes de que fuese más tarde, como si temiera comprometerse demasiado.

Al llegar a la calle, Clarisa vió delante de ella la figura severa de Pérez Blanco vestido de frac. Le preguntaba sin odio y sin reproche:

—¿Qué nueva tontería ha hecho usted, hija mía?

Aquella frialdad la desconcertó. Hubiera preferido verlo furioso, pero no tuvo valor de ser sincera.

—He venido a rogar a D. Francisco un pasaje para Oceanía.

—¿Y lo ha conseguido usted?

—Sí.

—No es poco, tratándose de un hombre como ese. ¿Le ha costado a usted demasiado caro?

Ella no quiso entender.

—¿Qué dice usted?—preguntó.

—Quería saber por qué se ha ocultado usted de mí para esto—añadió él, tomando la evasiva por una afirmación.

—Temí que se opusiera usted.

—¿Acaso me creía usted enamorado?

Ella tuvo un arranque:

—¿Y si así fuera?

—Se hubiera usted equivocado. Me inspiraba usted piedad; ahora sólo me inspira indiferencia.

—Y...? ¿Y si yo lo amase a usted?

—No haga que me ría... No es hora de que esté usted sola en la calle. Ya que he tenido la suerte de encontrarla, voy a tomar un coche que la lleve a usted a su casa—respondió él con sequedad.

—No hay ningún coche—dijo ella con cierta alegría.

—Sigamos hacia Recoletos a ver si encontramos alguno.

La noche blanda de Madrid caía sobre ellos; seguían andando, apoyada en su brazo, y una mayor sensatez se iba apoderando de sus espíritus.

Hasta cerca de la Biblioteca Nacional no encontraron un simón con la alquila levantada. Pérez Blanco le hizo una señal.

—Acompáñeme usted hasta mi casa, se lo ruego.

El la obedeció. La sentía dominada, vencida. La hubiera podido tomar con facilidad.

—¿Qué debo hacer?—le preguntaba, mirándolo con sus hermosos ojos claros.

Pérez Blanco dudó aun un momento bajo el encanto de su hermosura; pero vencía la experiencia. La entrometida no podía dejar de ser la entrometida, y más ahora en que su espíritu tomaba un derrotero hacia la galantería. Fríamente, dijo:

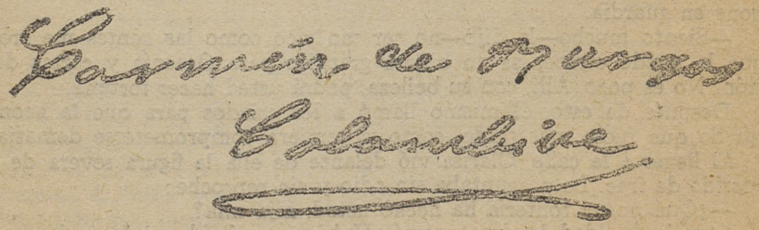
—Puesto que tiene usted el billete, márchese de España. Es lo mejor.

VIII

Pasaban los meses y Pérez Blanco no recibía noticias de Clarisa. Ya empezaba a olvidar a la joven, cuando llegaba aquella carta desconcertante. El la creía en Oceanía y aparecía en Inglaterra. En Londres hacía su vida de siempre. Ya había emprendido multitud de empresas y conocía a todos los hombres públicos y mujeres célebres.

Leía sonriendo con melancolía aquellos párrafos desenfadados de la carta de Clarisa, en los que conocía la influencia de su espíritu sobre la joven:

"He tenido miedo de ir a Oceanía—le escribía—, donde, según usted dice, las gentes tienen todavía rabo. Prefiero quedarme en este país, donde todos los caminos están abiertos a la mujer. No sé aun lo que he de hacer; dudo si seguir en mi propaganda o si seguir sus consejos. Estoy indecisa entre *meterme* a escritora o *meterme* a cocota."



PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498

TOS FERINA – QUITAFERINA LA PLANA PEREZ MARTIN ALCALA 9 MADRID

Suaviza el cutis.

Alcoholato

Lo mejor para fricción.

Alcoholera.-Carmen, 10

Importante. La calvicie es una enfermedad del cabello que se evita usando el agua **La Flor de Oro** por sus propiedades tónicas. Con su uso desaparece la caspa y se estimula poderosamente el crecimiento del cabello con su primitivo color.—Se vende en las perfumerías y droguerías

Publicaciones de PRENSA POPULAR

MADRID.—CALLE DE CALVO ASENSIO, 3.—APARTADO 498.

KIRIKI

1. Kiriki, Bolcheviki.- 2. Kiriki, Aviador.-3. Kiriki, Caníbal.—4. Kiriki, Rey de fieras.-5. Kiriki, Aeronauta.-6. Kiriki, Apache. 7. Kiriki, Detective.- 8. Kiriki, Raffles.-9. Kiriki, Cow-boy.-10. Kiriki, Piel roja.- 11. Kiriki, Pescador.-12. Kiriki, Cazador. 13. Kiriki, Nadador.- 14. Kiriki, Saltimbanqui.— 15. Kiriki, Boxeador.— 16. Kiriki, Espiritista.— 17. Kiriki, Aladino.—18. Kiriki, Desengañado.

Colección completa.—Precio: 20 céntimos número.

FRINE

1. Arte de no envejecer.--2. La mujer en el hogar.-- 3. La belleza de los ojos.--4. Los perfumes.--5. Los matrimonios.-6. La moda según el tipo.-7. La belleza de las manos.—8. La belleza de la boca.—9. Los bailes.—10. Las joyas.- 11. Las ropas.-12. Modo de ordenar la casa. 13.- Los peinados.- 14. Educación de las jóvenes.- 15. Las visitas.- 16. La belleza del pie.- 17 La belleza de la linea

PRECIO: 15 CENTIMOS NUMERO

ANIMALES

1.--León.
2.--Mono.
3.--Elefante.
4.--Tigre.
5.--Águila.
6.--Cocodrilo.
7.--Dromedario.
8.--Avestruz.
9.--Oso.
10.--Ciervo.
11.--Canguro.
12.--Lobo.
13.--Serpiente.
14.--Gato Montés.
15.--Bisonte.
16.--Foca.
17.--Caballo.
18.--Perro.
19.--Hipopótamo.
20.--Jirafa.
21.--Rinoceronte.
22.--Tortuga.
23.--Rata.
24.--Rana.
25.--Pingüino.
26.--Lagarto.
27.--Murciélago.
28.--Hormiga.
29.--Leopardo.
30.--Hiena.
31.--Abeja.
32.--Ballena.

Colección completa.—Precio: 20 céntimos número.

SELLO BESOY

—El único que me quita instántaneamente el DOLOR DE CABEZA.

ASÍ MISMO DESAPARECEN LOS DOLORES ESPECIALES DE LAS SEÑORAS Y TODOS LOS NERVIOSOS

INOFENSIVO-Solo cuesta 30 ctms